

oracion y penitencia con grandísimo fervor; que el buen soldado de Cristo prueba primero las armas de la predicacion en sí mismo, ejercitando lo que dice.

Por este medio convirtió este predicador muchos gentiles, y andaba tan gustoso de verse entre ellos, esperando cada día la corona del martirio, que como dándose el parabien, escribió á sus amigos que estaba gozosísimo de verse en tierra adonde valian tan baratas las coronas del martirio, y que así como aquella isla se habia conquistado para el rey á costa de la sangre de sus soldados, se habia de conquistar para Dios á costa de la sangre de los predicadores, como en la verdad sucedió, siendo él el primero que la regó con la suya, como ahora diré.

Despachóse en 1.º de junio de 1642 un chapán, que es un género de embarcacion grande, para el socorro de la fuerza de Boayen; embarcóse el santo mártir con los soldados, para animarlos, y confesarlos, y administrarles los Sacramentos.

Para impedir este socorro salieron dos reyes moros de Mindanao, Corralat y Mananquior, con más de sesenta velas, y cercaron á los nuestros que se defendieron dos días.

Con extraño valor andaba el P. Bartolomé con una imagen de Cristo crucificado en la mano, animando á todos y confesando á los que morian; mas como los moros eran tantos y los cristianos tan pocos, rindieron la nave y cautivaron á 21 españoles, y conociendo al Padre por predicador de la fe de Cristo; con furor rabioso, nacido del odio mortal que los mahometanos le tienen, arremetió al mártir el rey Mananquior con la daga desnuda.

Cuando el Padre le vió venir contra él, acordándole la amistad que poco ántes habian tenido en su tierra, le dijo lo que Cristo á Judas: *Amigo, amigo*, mas el pérfido respondió en su lengua: «No, no hay amigo.» El Padre se hincó de rodillas, y clavando los ojos en el cielo, ofreció á Dios su vida, y el tirano le pasó con la daga la garganta, y otro soldado moro le abrió la cabeza con su alfanje y juntamente las puertas el cielo, adonde voló su alma, triunfando con la victoria, para reinar eternamente en compañía de los mártires de Cristo, declarando los infieles, que sólo les movió á este homicidio el odio de la fe de Cristo.

Perdonaron las vidas á todos los cautivos, sino fué á un niño inocente llamado Javier, que traia el Padre consigo, al cual enviaron en su compañía mártir al cielo.

Los cristianos recogieron sus pobres alhajas por reliquias, estimándolas por un precioso tesoro, como de mártir de Cristo, y como tal le celebró la ciudad de Manila, y lo mismo se hizo en la ciudad de Murcia cuando se supo

su martirio, donde se celebró todos los años á 1.º de junio, que fué su dichosa suerte, año de 1642, teniendo veintinueve de edad y once de Compañía. Muriendo tan gloriosamente triunfó de sus enemigos, los cuales desde aquel día perdieron el ánimo y las fuerzas, y trataron paces con los españoles; y el miserable Mananquior fué vencido y derrotado de otro rey de Mindanao, llamado Monoay, y quedó pobre, sin gente y sin vasallos, triste, desterrado y desconocido hasta de su propia mujer: que de esta manera castiga Dios á los que persiguen á los suyos.

Tratan largamente de la vida y martirio de este bendito Padre las cartas *Anuas* de Filipinas, del año de 1642, de donde se sacó esto. Tráenla en sus martirologios el P. Felipe Alegambe y el P. Juan Nadaso.

P. ANDRADE.

---

## H. JUAN DE BALLESTEROS

---

LA vida del H. Juan de Ballesteros fué tan singular y tan llena de varios sucesos, que en ella parece que hizo Dios alarde de su piedad y providencia, y de la grande misericordia que usa con los pecadores, trayéndole por tan varios caminos á su santo servicio, y conservándole en él por tantos años, y levantándole de vida rota y desconcertada á hombre espiritual y contemplativo, como ahora veremos.

Nació el H. Juan de Ballesteros en Extremadura, en un lugar pequeño, de padres ricos y honrados, los cuales le faltaron al mejor tiempo, quedando huérfano y niño, con más viveza que años, y más atrevimiento que seso.

Crióle una tia suya, á quien el Hermano llamaba santa siempre que la nombraba, y lo fué sin duda, porque veia en ella virtudes que la hacian digna de tan ilustre nombre.

Deseó aquella piadosa mujer darle á mamar las virtudes, juntamente con la leche; pero con su natural altivo y sanguineo, que ya en aquella tierna edad se mostraba demasiado vivo é inquieto; la buena semilla de las santas instrucciones que le daba, vino á degenerar en espinas.

Prevaleció finalmente su natural indómito, contra los buenos consejos de la tia, por no ser aún capaz de recibirlos, y dejándose llevar de su libre na-

tural, dejó la casa de su tía y de sus padres y su mismo pueblo, cuando apenas llegaba á los seis años. Fué seguido de los suyos al punto que supieron la fuga, y alcanzándole, le volvieron á su casa.

Enseñáronle las primeras letras, que aprendió con facilidad, aunque siempre con armas ó remedadas ó verdaderas, que era á lo que le llevaba su inclinacion más que á las letras.

Apénas supo leer, cuando se huyó otra vez, y llegando á la ciudad de Córdoba, donde un pariente suyo intentó hacerle proseguir en la escuela, se huyó tambien de allí para una aldea cercana.

Vióle un caballero que iba á la córte á sus pretensiones, y pareciéndole á propósito, se le llevó consigo por criado; pero despues le cobró tanto amor por verle tan vivo, puntual y obediente, que le trató como á hijo: hizo de él toda confianza, entrególe las llaves de toda su casa, aunque no tenia entonces más que diez años.

Oyendo un dia caja de guerra, se sintió tan inclinado á ella, que dejando la quietud y comodidad de la córte, se ciñó espada y se fué á la Andalucía.

Tuvo en varias partes de ella, por donde discurrió, muchas pendencias, que sin buscarlas se le ofrecian, y era tan arriscado y valiente, que hiriendo á muchos, nunca salió herido.

Ganó en estas lides fama de valiente, pero nunca pudieron recabar con él, ni con ruegos ni con amenazas, que tomara las armas en daño de tercero, porque siempre que sacó la espada, ó fué para defenderse de los que le embestian, ó para defender á sus amigos.

Viendo el enemigo comun el recato con que nuestro Juan jugaba las armas sin querer ofender á nadie con ellas, determinó de tomar contra él las suyas, para hacerle usar mal de su esfuerzo y valentía. Un dia yendo á Córdoba, siendo ya mancebo, se le apareció en figura de un hombre de campo, que acaso bajaba de un collado hácia el camino. Trabó con él conversacion, y, de unas en otras, vino á prometerle montes de oro, si se atrevia á matar á cierto hombre que él le señalaría.

Causóle esto horror al mancebo, y otras cosas impías, que el enemigo comun le persuadia, en particular, que no oyese Misa ni entrase en las iglesias, costumbre que siempre guardó toda su vida, áun en medio de sus valentías, que cuando pasaba por alguna iglesia, por lo ménos hacia oracion, ya que no pudiese oír Misa.

Dábale gran pena al demonio el verle tan inclinado á obras de piedad y devocion, y así procuró con sus razones persuadirle las dejase, que aquel ejercicio más era propio de monjes y de mujeres, que de un hombre como él, que profesaba las armas.

Conoció nuestro Juan la ponzoña que le daba á beber en la copa dorada de su inclinacion militar, y díjole, que se fuese con Dios ó con el diablo, sino queria que hiciese con él lo que le persuadia hiciese con otro, pues hombre que así le hablaba, no podía ser cristiano.

Llegaron los dos en lo más fervoroso de su conversacion á vista de una cruz, de las que suele haber en los caminos, y entónces se le desapareció el compañero, dejándole con el horror y espanto que suele causar semejante compañía, porque quedó persuadido con aquella ausencia repentina, que le obligó á hacer la santa cruz, á que era su mayor enemigo, y el del linaje humano, el mismo demonio.

Pasó despues á Sevilla, donde encontrándose con un hombre de su tierra, trabó con él tan grande amistad, que le persuadió que le acompañase á la Nueva España.

En Méjico fué donde nuestro Ballesteros, como más entrado ya en edad y de más fuerzas, dió mayores muestras de su valentía. Era célebre su nombre entre la gente moza de su profesion, y se tenia por dichoso el que alcanzaba traerle á su lado para sus pendencias.

Oyó un dia tocar cajas, que era el instrumento que le movia los ánimos, en órden á conducir gente para Filipinas. Preguntó á sus amigos, llevado de la novedad del caso, si en aquellas islas habia Sacerdotes y si se decia Misa: y entendiendo de ellos, que allí florecia mucho la cristiandad, y habia grandes conversiones y conquistas de gentiles y moros; sintió en sí un gran deseo de pasar á ellas, por parecerle habia muchas ocasiones de pelear contra enemigos de nuestra santa fe.

Cumplióronsele muy bien sus deseos en las islas Malucas, porque se halló en ellas y peleó con grande esfuerzo en muchas ocasiones, cuando las ganó para los Reyes Católicos, D. Pedro de Acuña.

De allí pasó á la isla de Cebú, y luego á la de Leite, donde por órden del corregidor se estaba haciendo gente española para resistir al Mindanao que andaba por aquellas costas robando con una gruesa armada: y viendo nuestro Juan que no surtia efecto, y que los españoles, como gente advenediza, indios y mestizos de pocas obligaciones, se desavinieron; él solo se determinó á embestir con toda la armada en un pequeño navío que allí halló de indios.

Portóse con más audacia que prudencia en el caso, si bien el suceso fué raro, pues el enemigo que estaba dado fondo en la barra de un rio, se puso en huida por aquellas playas, dejando los navíos al ruido de los arcabuces que les tiraba, entendiendo que era armada de españoles, y, á no turbarse los indios que llevaba, pudiera librar á un Padre de los nuestros que allí iba cautivo.

Los que iban huyendo, reconocieron que no era armada, sino un pequeño navío, y al punto revolviéron sobre él, y el arriscado mancebo, barándole en la playa, se escapó de sus manos libre de este peligro, no poco vanaglorioso.

Atribuyéndolo á su esfuerzo y valentía y no á la divina proteccion, cayó en otro mayor; porque fatigado de lo mucho que trabajó peleando, se entró por el monte, así porque el enemigo no le hallase, como para tomar algun descanso en la espesura. Allí tendido en tierra, se quedó dormido, y despertando á poco rato despavorido, vió sobre sí un indio feroz con la lanza enristrada para matarle: levantóse de un brinco con tanto brío y ánimo, que se le quitó al indio, el cual lleno de espanto, le dejó y se puso en huida.

Entónces, para que él no pensase néciamente que se habia librado con sus armas, pues con la turbacion no se pudo servir de ellas, ni aún tomarlas en la mano, oyó una voz, que clara y distintamente le decia: *Ahora, ¿quién te ha librado de un tan evidente riesgo de la vida?*

Quedó suspenso con el trueno de esta voz, aunque no persuadido á lo que le decia.

El día siguiente, yendo por el monte perplejo y confuso, sin saber en dónde estaba, se le puso delante de los ojos un brazo vestido con una manga como de sotana de la Compañía. Admirado de tal vision, y pensando lo que aquello significaba, fué penetrando por el monte hasta dar en un pueblo donde estaba un Sacerdote de los nuestros, que le administraba, sirviendo de gobernador y cura.

Entónces oyó interiormente que le decian: *aquí te quiero*, y entendió por esta voz el misterio del brazo con la manga de sotana, y reconoció que el haberse librado de los enemigos y de la muerte, fué merced de Dios nuestro Señor, para que le sirviese en su casa, acompañando á aquel Padre que allí veía.

Repugró por mucho tiempo á la divina inspiracion su ánimo inquieto é inclinado á la guerra, mas finalmente, como forzado de ella más que de voluntad, se vino á rendir á Dios que le llamaba.

De veinticuatro años era Ballesteros cuando se determinó á dejar el mundo y las armas corporales, y echó mano de las espirituales para hacer guerra con ellas al demonio, mundo y carne.

Ofrecióse al Rector de aquella residencia de Carigara por criado de los Padres, para acompañarlos y servirlos en aquellas misiones apostólicas.

Anduvo en ellas muchos años, discurriendo por los pueblos, juntando los indios, haciendo casas é iglesias para los Padres, y venciendo muchas dificultades que entónces se ofrecian, por estar allí la cristiandad en sus principios.

Eran los indios feroces, como gentiles que profesaban la idolatría; todo era matarse unos á otros, ya con armas, ya con yerbas y hechizos, sin tenerse nadie por seguro de su tósigo. La confusion en que los Padres se veian era grande, pero nuestro Juan todo lo vencía, los indios le temian como á superior suyo en ánimo y fuerzas, y les hacia que se sujetasen y rindiesen á la doctrina, pero juntamente le amaban por las muchas buenas obras que les hacia.

Entre otras fué una, y para ellos la más grata, el librarles de un indio bárbaro, feroz, valiente, montaráz y que tenia fama de grande hechicero. Este no sólo tenia atemorizados los pobres indios con los hechizos, sino con las armas; andaba de un pueblo en otro matando gente, hacia emboscadas por los caminos, y no perdonaba á enemigos ni aún á amigos.

Resolvióse nuestro Juan de prenderle y llevarle á la justicia, que la estaba haciendo rigurosa en aquella sazón de semejantes hombres, en la cabecera de Dulac, allí cercana; puso ánimo á los indios, que no le tenian, para emprender hazaña á sus fuerzas imposible. Fué con una tropa de ellos á una casa que tenia en la espesura de los montes; sus compañeros no se atrevieron á subir con él, mas el esforzado mancebo subió con gran denuedo, y viendo al indio que allí estaba, le puso tanto espanto, que le turbó y no se atrevió á hacerle resistencia; echóle mano, y ya que le tenia bien asido, subieron los demas y maniatáronle; así le llevaron atravesando con él todos aquellos pueblos y sementeras, hasta llegar al de Dulac, donde estaba el corregidor, con grande aplauso y alegría de toda la tierra.

Entrególe el preso, y conocidas sus maldades, le ahorcó para escarmiento de los demas.

Volvióse al pueblo de Alangalang, donde entónces acompañaba á un santo Padre que allí estaba, cantando victoria de haber librado á aquel pueblo y á los demas de un tan fiero y cruel enemigo.

El buen Padre era escrupuloso, y viendo que aquella justicia y otras á este modo se habian hecho por medio de una persona que era familiar de nuestra casa, y que profesaba á su modo vida religiosa, aunque todavía en hábito seglar, le dió escrúpulo y le echó de su compañía.

Obedeció humilde el buen Ballesteros, y aunque la naturaleza hacia su oficio, y el demonio tambien, estimulándole á que de veras se fuese y dejase los Padres, y prosiguiese el ejercicio de la guerra, no se dejó rendir á tan récios combates; fuese con increíble paciencia á la puerta de la iglesia, y allí se estuvo una semana entera.

Dormía al sereno, y allí estaba día y noche, sin más reparo y abrigo que el que le daba el desnudo suelo. Su sustento era las sobras de los mozos de casa, que ellos movidos á compasion le llevaban.

Su ocupacion era orar y pelear consigo mismo y con su belicosa inclinacion, que le daba fuertes combates sin cesar, para que dejando aquella afrenta, volviese á gozar las glorias de su esfuerzo que ántes tenia.

Supo este caso el Rector de la residencia, y, corrigiendo el indiscreto celo de aquel Padre, le consoló y animó á perseverar en lo comenzado, volviéndole á casa y advirtiéndole que nunca hiciese cosas semejantes de prender indios sin darles ántes parte.

Con estas y otras semejantes ocasiones de padecer que cada día se le ofrecian, caminaba por la vía espiritual á largas jornadas.

Todo su negocio era el de la oracion y trato con Dios, con quien tenia de ordinario familiaridad. En todas sus ocupaciones le tenia presente, sin dejarle de día ni de noche.

Su ayuno era perpétuo, pues apenas comia en todo el día cosa de sustancia. Maceraba su cuerpo con ásperos cilicios y rigurosas disciplinas hasta deramar sangre, para sujetarle al espíritu. Apenas dormía de noche, porque siempre estaba amando á Dios y pidiéndole misericordia.

Quedóle el cuerpo con estos ejercicios tan rigurosos hecho un esqueleto, y al paso que este se le debilitaba, crecía el fervor de su espíritu. Sentíase muchas veces transportado en Dios y como privado de los sentidos.

En estos éxtasis recibió su entendimiento grandes ilustraciones, y su voluntad quedó abrasada en amor divino; pero comunicándolas con algunos religiosos, por parecerles muy oscuras ó que excedían la capacidad de un hombre sin letras, no le daban crédito, decíanle que se dejase de aquellos devaneos y comiese, que con la cabeza debilitada de la mucha abstinencia, deliraba.

Los mismos que hacían burla de él y atribuían aquellas cosas á flaqueza de cabeza, comunicándole más despacio, y reconociendo que aquello provenia de Dios, y que, conforme á las reglas que daban los maestros de espíritu, eran las cosas que decía divinas inspiraciones, ingenuamente confesaban que habia alcanzado un muy alto grado de contemplacion, porque era cosa que causaba admiracion oírle hablar de puntos delicados de espíritu, y verle tan docto en la Teología mística, siendo un pobre soldado.

En esta ciencia y Filosofía divina, su principal maestro fué uno de los espíritus celestiales que muchas veces se les mostraba y dejaba ver muy apacible y benigno.

Este le daba altísimos documentos para conseguir la perfeccion religiosa que profesaba; este le detenía cuando iba á caer, le enderezaba cuando iba torcido, le alumbraba en sus tinieblas, le consolaba en sus aficciones, le reprehendía cuando faltaba, y le espoleaba para que corriese en el camino de la santidad que habia comenzado.

Con todo eso al tiempo que gozaba la doctrina y enseñanza de tal doctor y maestro como era la del santo Angel de la Guarda, sintió tambien los combates del demonio, que se le mostraba visible en horrible figura; no cesaba de tentarle y afligirle de mil maneras; ya le embestia con fortísimas tentaciones de la carne, ya le congojaba con penosos escrúpulos, ya le oscurecía el entendimiento con tinieblas, ya le llenaba la voluntad de tedios y hastíos á las cosas de virtud, ya le traía á la memoria cosas feísimas y deshonestas, ya le incitaba el ánimo á que siguiese el ejercicio de la guerra, ya le azotaba y hería su cuerpo con recios golpes, cuando le menospreciaba.

No pocas veces se sintió este noble soldado de Cristo herir y maltratar corporalmente de nuestro comun enemigo; pero con el patrocinio del divino espíritu que le asistía, se le mostró esforzado y valiente siempre en medio de sus furias y combates.

En medio, pues, de estas luchas que eran continuas, viéndose promover tan eficazmente de aquel divino espíritu á una vida perfectísima, sentía por otra parte quien le resfriaba y detenía en sus santos propósitos; porque algunas personas, con buen celo, movidas de compasion por ver lo que padecía, le persuadian á que dejase aquel modo de vida.

Decíanle que aquella su oracion y contemplación estaba muy sujeta á engaños é ilusiones, que se ajustase á otro modo de orar más fácil y seguro, que no hiciese caso de aquellas sus revelaciones ó ilustraciones, ó de las visiones que sentía, que quizá eran engaños del demonio, y le exhortaban á que siguiese el modo comun y trillado de la virtud que otros profesaban.

Grandes fueron las angustias que padeció su espíritu en estas dudas, y viéndose inclinado á esto último que los hombres le persuadian como más fácil, todo su negocio era inclinar tambien á su maestro y guía, que era el Santo Ángel, á que aquello bastaba.

Rogábale instantemente, pedíale con lágrimas, movíale con suspiros á que, dejado ya aquel modo de orar y contemplar tan alto y levantado, ó le redujese á método más fácil y humilde, ó le dejase en su simplicidad, perdonándole su cobardía. ¡Oh desventurado! le respondió el ángel rendido á sus ruegos, daréte gusto, más te valiera no haberme visto; dejaréte, y juntamente abundantes motivos, para que toda tu vida llores.

Desde aquel punto que el espíritu celestial se le ausentó, perdió aquellos divinos sentimientos é ilustraciones, careció de la dulzura que ántes sentía en su espíritu, y padeció en él grandes sequedades y desconuelos, todo lo cual, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, manifestó á su confesor y al Superior de la residencia con palabras bien significativas de su dolor y sentimien-

to; con todo eso no se enfrió nada en el servicio de Dios, ni le faltó aquel fervor y aliento de espíritu que ántes tenia.

Veinte años se mantuvo en este humilde estado de siervo y esclavo de los Padres. Su vestido era como de un pobre indio; traía sola una jaquetilla y calzones de una tela basta que tejen las indias; andaba descalzo de pié y pierna, y sin sombrero.

Su comida era de ordinario un poco de arroz cocido con agua y sal, y cuando mucho, algun pescadillo salado que le daban los indios. Usaba la misma mesa, manteles y platos que ellos, que son hojas de árboles; comía con ellos y como ellos, y dormía como ellos; y finalmente, no se diferenciaba en otra cosa de ellos, sino en aquel aliento gallardo y lozano que le dió la naturaleza.

Su ocupacion era mixta de la vida activa y contemplativa, que siempre las hermanó sin apartallas.

Cuando estaba en casa, todo lo hacia y á todos ayudaba, sin haber oficio alguno que no ejercitase: ya se ocupaba en la cocina, ya en la roperia, ya en la huerta haciendo oficio de hortelano, ya en las obras, siendo el principal agente de ellas, ya en el pueblo, ayudando á los indios á componer sus casas, ya en los cementerios, ya haciendo hermosos planteles de árboles frutales escogidos en forma de claustro para las procesiones, ya cultivando jardines de varias flores para el adorno de los altares, ya criando varios animales con maravillosa industria y traza para el sustento de los Padres, ya en la escuela de los niños que tenia divididos en varias decurias, enseñándoles la doctrina cristiana, y á leer y escribir, ya ordenando con ellos graciosísimas danzas para el festejo de las fiestas del Corpus y Pascuas, con tantos primores y gallardía, que admiraran á la gente de Europa.

En todas las residencias hay hoy reliquias de la enseñanza del H. Ballesteros en esta materia, y hasta en Manila fueron célebres sus danzas, las más lucidas de todas, cuando se canonizaron nuestros santos.

De la música eclesiástica tuvo gran cuidado, y la adelantó en todas partes. Siempre que le enviaban á Manila por provision, llevaba los hombres diestros que hallaba y las tonadas y villancicos que oía, para que allá se cantasen. Tenia gran multitud de todo género de instrumentos músicos en que ejercitaba á los niños y mancebos, y sacó excelentes músicos de ellos.

A los indios componia en sus pleitos, exhortábalos al trabajo de sus sementeras, traíalos á la iglesia, cuando reparaba que no acudian: á todos los conocia, á todos los trataba y á cualquiera que faltaba echaba ménos, y le reprehendia con amor y caridad, y le traía con dulces palabras.

Era en la iglesia, cuando no habia Padre en el pueblo, excelente ministro;

exhortábales y predicábales con tan gran celo, fervor y espíritu, que les hacia saltar las lágrimas. En la elocuencia, en su lengua, ningun Padre le hizo ventaja; y así muchas veces le mandaban, estando ellos presentes, que predicase, por parecerles que hacia más fruto.

Las iglesias y casas que edificó y reedificó, por haberlas los enemigos destruido, son innumerables. Él mismo iba al monte con los indios á cortar las maderas y traer la piedra para las fábricas, sin más abrigo y reparo que ellos: andaba tostado de sol como ellos, con ellos se mojaba cuando llovía, y sentia frio cuando ellos le sentian, y en el trabajo corporal era el primero.

Era de ver la alegría y fiesta con que trabajaba, y de cuando en cuando les hacia alabar á Dios á grandes voces. Su industria les facilitaba el trabajo, sus palabras les alentaban, su ánimo y esfuerzo se le ponía, su alegría les hacia andar siempre alegres; era en los caminos su guía, en las navegaciones su piloto, médico en sus enfermedades, pues muchas veces los sanaba con sólo el tacto de sus manos en tiempo que era favorecido de su ángel; y era, finalmente, el todo de los Padres.

No habia pueblos en todas las islas más lucidos en todo género de cosas, así en edificios, música y adorno, como en huertas, limpieza y aseo, y de gente más bien disciplinada y doctrinada, que los que él tenia; y así los Padres de otras residencias iban muchas veces á verlos y volvian admirados.

Despues que su ángel le dejó triste y confuso, siendo aún indio en el hábito, y en el esfuerzo español, religioso en obras, y en el ministerio varon apostólico; cayó en una grave enfermedad de disentería y flujo de sangre, que le atormentó gravemente cuatro años.

En este trabajo se purificó su alma como el oro en el crisol. Juzgaba ser aquel achaque justa pena de la ingratitud que usó con el celestial maestro, cuando le dió de mano, rogándole le dejase: lloraba su desamparo, echaba ménos sus consuelos, llamábale con suspiros, deseábale con ansias y pedíale le favoreciese en aquel conflicto.

Fué grande el desamparo interior y exterior que padeció en esta dolencia, sin médico que le curase, sin enfermero que le asistiese, y sin medicina alguna en que confiase; sólo un niño le asistía y daba lo que habia menester de sustento para no morir; pero en estos sus continuos trabajos y dolores, siempre tenia puesto el corazon en Dios, pidiéndole no le desamparase. Aquel jé de suerte la enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte, y así se consideraba ya y portaba nuestro Juan como moribundo.

Estando un dia ya como en las ansias de la muerte y con la aprehension de la cuenta que presto habia de dar á Dios, se le representó en una vision Cristo Señor nuestro, que venia á juzgarle. Hiciéronse allí muchos cargos,